

Parasoles o paraguas

Las protestas de Hong Kong en perspectiva

Joan Vicenç Sard¹

Resumen

El artículo intenta abordar una serie de cuestiones que planean sobre el conflicto focal de las protestas en Hong Kong. En primer lugar, nos ofrece una explicación sobre el motivo de que estas protestas sean conocidas como “La Revolución del Paraguas”. También ofrece una explicación sobre la dialéctica de anteriores protestas, así como una exploración sobre quiénes son los manifestantes y cuáles son sus reclamaciones. En este contexto, ayuda a comprender si las protestas tienen simpatía popular o son algunos grupos de interés los que las protagonizan. Para finalizar, se adentra en temas como quién gobierna en Hong Kong, cuál es la postura de China al respecto y cuál es el posicionamiento internacional.

Palabras clave: Hong Kong, protesta social, conflicto social, democratización

Resum

L'article intenta abordar una sèrie de qüestions que planegen sobre el conflicte focal de les protestes a Hong Kong. En primer lloc, ens ofereix una explicació sobre el motiu per què aquestes protestes siguin conegudes com “La Revolució del Paraigües”. També ens ofereix una explicació sobre la dialèctica d'anteriors

¹ The Chinese University of Hong Kong

- Univesitat Pompeu Fabra. Postgraduate degree on African Societies and Development

- Macquarie University. Master's degrees on International Relations

- Universitat de Barcelona. Bachelor of Business Administratiton

Email: joan.vicensard@gmail.com

Tras una estancia de seis meses en la Chinese University of Hong Kong, Joan Vicens Sard se gradúa del Máster en Estudios Chinos de la Universidad Pompeu Fabra, emprendido en 2012 con el objetivo de centrar su carrera académica en la política de la República Popular de China y la región de Asia-Pacífico, continuando la senda iniciada en 2009 en Sydney, Australia, donde se graduó en Relaciones Internacionales por la Macquarie University. En la actualidad reside en Kaifeng, Provincia de Henan.

protestes, així com una exploració sobre qui són els manifestants i quines les seves reclamacions. En aquest context, ens ajuda a entendre si les protestes tenen simpatia popular o són alguns grups d'interès qui les protagonitzen. Per finalitzar, s'endinsa en altres temes com ara qui governa a Hong Kong, quina és la posició de la Xina al respecte i quin és el posicionament internacional.

Paraules clau: Hong Kong, conflicte social, protesta social, democratització

Abstract

The present article deals with a series of issues hovering over the focus of the recent Hong Kong protests. To begin with, it offers an explanation of why such protests have come to be known as the “umbrella protests”. It also reviews the dynamics of previous protests and explores who the demonstrators are and what their claims are. In this context, it helps us discern whether the protests have wide popular support or they are just being staged by interest groups. Finally, it deals with a different set of issues such as who governs Hong Kong, what China’s position is in the face of it and what the position of the international community is.

Keywords: Hong Kong, social conflict, social protest, democratization

1. Introducción

Como respuesta a la decisión del Partido Comunista de China de arrogarse la potestad en la preselección de candidatos para las elecciones locales de la Región Administrativa Especial de Hong Kong previstas para 2017, entre el 26 de septiembre y el 15 de diciembre de 2014, la vida de la ex colonia británica se vio severamente afectada por una oleada de protestas en pos del sufragio universal libre de injerencias del gobierno central. Liderados por estudiantes y académicos, aparece un movimiento de desobediencia civil de raíz universitaria que consigue un amplio seguimiento tanto a nivel local como internacional, gracias, en buena medida, a las particularidades de Hong Kong, un nexo global, pero también a la nueva posición que ocupa la República Popular de China en la esfera internacional.

Aunque los máximos representantes de las protestas rehuyeran el término, las protestas pasaron inmediatamente a ser conocidas como *La Revolución de los Paraguas* —por los paraguas amarillos que utilizaron los manifestantes como defensa contra los sprays pimienta con los que cargó la policía local al comienzo de las protestas, y que acabaron por convertirse en un símbolo omnipresente en las calles de la ciudad—. La discrepancia semántica entre episodio de ‘desobediencia civil’ y ‘revolución’, deviene crucial para la comprensión del conflicto, pues los manifestantes comprenden que el éxito de su campaña pasa por que ésta quede circunscrita a la reclamación sobre su autonomía electoral, evitando así agraviar al gobierno central con demandas que pudieran suponer un desafío a su soberanía estatal. Este evidente esmero en cuidar cada detalle pone de manifiesto la mesura de un movimiento calculado, que da voz a una parte de la ciudadanía insatisfecha con una realidad incómoda; que entiende que su futuro fue hipotecado por un acuerdo —la devolución de la colonia a la soberanía china— tomado sin su consentimiento; que no se siente protegida de las dinámicas socioeconómicas internacionales por su nuevo gobierno y que, además, teme ser transformada radicalmente y acabar perdiendo su (nueva) identidad.

No obstante, sí que se sirven de la receptividad de la prensa internacional para con su causa, utilizándola como baza principal en su negociación con el Partido. Altavoz de sus demandas, generalmente crítica con la postura de Beijing, y ayudada por la omnipresente y avasalladora presencia de la tecnología en manos de ciudadanos —convertidos así en reporteros— ayuda a crear una narrativa eminentemente favorable con los protestantes que, utilizando medios no sólo pacíficos sino extraordinariamente cívicos (por ejemplo: creación de zonas de estudio en los espacios públicos), colabora en la construcción de un movimiento que, muy inteligentemente, apela a unos ‘valores occidentales’ que entiende como universales.

Aún así, y aunque mayoritariamente parecen sentir simpatía por los manifestantes, con el objetivo de evitar un abierto antagonismo con el gobierno chino, la respuesta de los gobiernos internacionales es ciertamente blanda y retórica, con lo que acaba por otorgar, si bien tácitamente, la razón al gobierno

central, que entiende el caso de Hong Kong como un asunto estrictamente doméstico. Como soberana, la República Popular de China no sólo se siente legítima heredera de la ciudad, sino como la única capaz de administrar Hong Kong de forma eficiente y eficaz, y de devolverle un futuro que se presentaba incierto con el fin del Imperio Británico. Eso sí, también parece querer corregir, en el largo plazo, los desvíos que entiende impropios en el comportamiento social, institucional e ideológico de la ahora Región Administrativa Especial.

Sería una ingenuidad, por lo tanto, negar que las protestas trascienden la disputa sobre la legitimidad y las condiciones de un proceso electoral, u obviar que su relevancia traspasa las fronteras de la Región Administrativa Especial. Así, en 2014, observamos en Hong Kong los síntomas de un cambio geopolítico global en el que convergen de forma comprimida las dinámicas de la agenda político-económica mundial: paradigma de mediador entre los construidos bloques Occidentales y Orientales, Hong Kong se está convirtiendo para muchos en un ejemplo de cómo los nuevos equilibrios de poder están dando lugar a nuevas tensiones geopolíticas. En este enredo, la sociedad de Hong Kong se divide entre una aparente mayoría de partidarios de una ideología abiertamente liberal, frente a la alternativa del llamado “capitalismo de Estado” que, en cambio, es capaz de utilizar su legítima soberanía y sus instrumentos administrativos, económicos y políticos para contener la primera fase de un conflicto con buena parte de la ciudadanía de la región.

Este hecho da muestra de la evolución del Partido Comunista de China en cuanto al manejo de conflictos y crisis. A pesar de que su actitud negociadora puede ser considerada intransigente, viene avalada por una historiografía en que se presenta como agravada por décadas de *humillación* histórica e injerencias por parte de las grandes potencias *occidentales*, además de un crecimiento económico sin parangón y un fortalecimiento de su posición política internacional que le permite dictar las normas sobre su territorio por vez primera en varios siglos, aplicar una estrategia a largo plazo, paciente con las manifestaciones y que —salvo aislados episodios en que los antidisturbios ejercen una violencia desproporcionada— pretende dejar sin argumentos a aquellos que esperaban el más mínimo error para posicionarse a favor de los manifestantes.

Es el objetivo de este análisis testar desde un punto de vista interdisciplinar la validez de los argumentos de ambos contendientes para esclarecer tanto la realidad a la que se enfrentan las partes implicadas, como para ofrecer herramientas para la comprensión de los efectos locales, regionales y globales que pueden derivarse de las diferentes posibles soluciones a este conflicto. Dividido en tres capítulos que enfocan las protestas desde un punto de vista histórico-legal, socioeconómico y antropológico-identitario, respectivamente, con la voluntad de mostrar las raíces que llevan a la situación actual.

2. Históricas y legales: una visión post-colonial

Una mirada histórica ortodoxa y estatocéntrica sobre la cuestión de Hong Kong, muestra un territorio situado en la costa sudeste de China, cuyo devenir “ha seguido siempre un curso inesperado: de pueblo de pescadores a colonia británica a ciudad global a Región Administrativa Especial” (Abbas 1997: 1). Por un lado está la historia de Hong Kong como territorio colonial: elegido por la Corona Británica por sus condiciones físicas, que le convierten en uno de los mejores y más profundos puertos naturales del mundo. A la isla, tomada como colonia en 1842, el Imperio Británico anexionó la Península de Kowloon en 1860 y los llamados Nuevos Territorios en 1898, completando un área de 1.104 km². Durante sus aproximadamente ciento cincuenta años de dominio colonial, la zona sufre una transformación radical y se ve fuertemente afectada por buena parte de los mayores acontecimientos históricos del Siglo XX: entre ellos, la caída de la última dinastía imperial china (1911), la ocupación japonesa durante la Segunda Guerra Mundial (1941-1945), la subsiguiente Guerra Civil china (1945-1949), o la Revolución Cultural (1966-1976). Finalmente, debe también hacer frente a la coincidencia entre el fin de Imperio Británico, y el período de reforma post-Mao. Durante todos estos años, su papel, cambiante y en constante evolución, es normalmente la de intermediario, la de un lugar de paso con constantes flujos de entrada y salida de trabajadores, comerciantes y refugiados políticos. Sin que estos matices sean normalmente tenidos en cuenta, Hong Kong pasa a la historia como una colonia ejemplar, eminentemente pragmática, donde a pesar de las tensiones jerárquicas, es posible para ciertos

individuos locales conseguir una movilidad social impensable en otras latitudes. Por otro lado, el 1 de julio de 1997, la ciudad se transforma de la noche a la mañana en ex colonia cuando, como explicita el Artículo 1 de la Declaración Conjunta (Joint Declaration 1984), la República Popular de China “retoma” la soberanía de Hong Kong bajo el régimen denominado “un país, dos sistemas” — una solución temporal acordada entre la Corona Británica y el Partido Comunista de China en 1984, que dejó a una ciudad extraordinariamente dinámica en un limbo administrativo de cincuenta años, en los que el gobierno central se compromete a no alterar las reglas del juego en Hong Kong—, episodio en el cual el territorio *devuelto* pierde así su *raison d’être*.

Y es que, desde el punto de vista de la historiografía nacional china Hong Kong es una parte de su territorio arrebatada en un momento de debilidad, que inauguraría el llamado “siglo de la humillación”, y que activó un proyecto de fortalecimiento nacional aún vigente, en que se ha exacerbado la importancia de la unidad territorial y la aversión a las injerencias extranjeras. Hong Kong ocupa desde esta perspectiva un poderoso lugar simbólico en el imaginario colectivo de la China continental.

Siguiendo esta narrativa, parece lógico que la negociación para la retrocesión de la colonia fuera llevada a cabo entre la corona británica y el Partido Comunista de China. Especialmente, si uno tiene en cuenta tanto el contexto internacional de la década de 1980, como las particularidades de la corona británica y de la política doméstica de la República Popular de China. La región, marcada por los sucesos de la década anterior, en que, tras la normalización de relaciones con los Estados Unidos, llevada a cabo por un envejecido Mao aún en su papel de estrategia geopolítico y la administración Nixon. Beijing, nuevo e inesperado aliado del bloque occidental en la Guerra Fría contra el bloque soviético, toma posesión de su asiento en la Organización de las Naciones Unidas y en su Consejo de Seguridad (1971), y se convierte en un interlocutor *válido*, tentado por las políticas económicas que habían ayudado a transformar Japón o Taiwán. Tras el fallecimiento de Mao (1976), China —por su mercado potencial— se convierte, una vez más, en el gran objeto de deseo, por lo que la transición que inicia Deng Xiaoping es seguida con gran expectación y Hong Kong es

entendido por muchos, tanto en China como en el exterior, como el modelo a seguir. No obstante, sólo cinco años después de la firma de la Declaración Conjunta, las manifestaciones en la plaza de Tian'anmen —por las que Hong Kong había apostado fuerte mediante el envío masivo de ayuda económica y de material—, acaban en un baño de sangre y parecen dejar clara la trayectoria que desea seguir el Partido Comunista. La resolución de las protestas se convierte entonces en una amenaza que iba a detonar una ansiedad casi paranoica en la sociedad hongkonesa, tensión que fue escalando hasta el 1 de julio de 1997, el día en que se efectuó la devolución, una transición que —cosa que da una buena imagen de la psicosis colectiva— fue descrita como “anticlimática”, “sin un baño de sangre, sin una abierta rebelión de los hongkoneses, y sin abierta represión por parte del gobierno chino” (Shih 2007:141).

Esta poderosa visión estatocéntrica, sin embargo, obvia las posibles alternativas a las que la Declaración Conjunta chino-británica cierra la puerta, y que son causa subyacente de la problemática actual, puesto que omite o, cuanto menos, infravalora la agencia de Hong Kong y sus ciudadanos. Además, el acuerdo entre estados confirió a las partes negociadoras, el poder de dictar los términos más favorables para sus intereses.

Un ejemplo flagrante de esto, es el Artículo 3.4 —causante del revuelo y la controversia que detona la oleada de protestas—: “El Gobierno de la Región Administrativa Especial de Hong Kong será compuesto de habitantes locales. El Jefe Ejecutivo será nombrado por el Gobierno central del Pueblo en base a los resultados de una elección o consulta celebrada en la localidad” (Joint Declaration 1984). Un artículo abierto a interpretación y potencialmente peligroso, que es entendido ahora desde dos puntos de vista prácticamente opuestos. Por un lado, los manifestantes interpretan que la elección mencionada en el artículo debe ser totalmente libre, sin ningún tipo de injerencia por parte del gobierno central en el proceso de elección de los candidatos. Sin embargo, el Partido Comunista de China, por su lado, se ha arrogado la prerrogativa de seleccionar los candidatos que pueden ser elegidos para la posición de Jefe Ejecutivo. Estas posturas encontradas, radicalmente diferentes, han cimentado un movimiento con muchos seguidores tanto en Hong Kong como en el resto del

mundo, pero que el Partido intenta que no se contagien en el seno de la República Popular, donde además de multitud de seguidores, las protestas han generado también rechazo, tristeza e indignación.

En la práctica, la problemática derivada del acuerdo queda de sobra demostrada en unas protestas que muestran sus enormes carencias: sobreentendidos, falta de definición e incapacidad de aportar soluciones que puedan dar acomodo a la realidad y a las ambiciones de las partes en disputa. Aún así, las protestas van mucho más allá, pues no son en este caso la simple discusión sobre la interpretación tendenciosa y politizada de un artículo legal, sino que en ellas se encabalgan, por un lado, una negociación por el control político y socioeconómico de la ciudad y, por otro lado, un choque entre valores, formas de interpretar el mundo y cuestiones identitarias.

3 Socioeconómicas: una interpretación crítica del modelo neoliberal

La economía parece estar en el código genético del Hong Kong moderno, pues el origen mismo de la ciudad tal y como la entendemos hoy día es una respuesta a una necesidad comercial, ejemplo de la actitud política imperante en el s.XIX: obtenida por la Corona Británica en la llamada Guerra del Opio (1840-1842), librada con el objetivo de tener una puerta de entrada al mercado chino —en el s.XIX especialmente con la venta de opio—. Las reformas de liberalización económica iniciadas en 1978 en la República Popular de China, por tanto, comienzan un proceso que erosiona las ventajas comparativas de Hong Kong. De manera progresiva, ni su localización geográfica, ni su *know how*, ni su papel de intermediario, parecen tan necesarios al inversor extranjero, cada vez más avezado a trabajar directamente con China.

Desde este punto de vista, Hong Kong, parece hacer realidad la “utopía de la economía del *laissez-faire*, [y representa] una narrativa altamente empática con el gobierno colonial, [en que Hong Kong] se siente cómoda en el papel de [...] paraíso” (Law 2009: 1). Año tras año, su economía ocupa puestos de privilegio en el índice *Doing Business* del Banco Mundial —actualmente ocupa el tercer puesto, mientras que la China continental ocupa el noventa (Doing Business 2014)—. A ojos de aquellos que abogan por una vía neoliberal *pura*, Hong Kong

es la China del futuro, aquello en que ésta debería convertirse, una visión popular, reproducida incluso a nivel local, tanto en Hong Kong como en la propia China continental. En esta visión, teológica poco respetuosa con la agencia de China, está fuertemente arraigada la idea del *fin de la historia*, de que la democracia neoliberal no sólo es el modelo político-económico indicado, sino la única alternativa viable.

Desde una perspectiva materialista, esta visión —más bien somera, ahistórica y superficial—, revela que Hong Kong es un lugar privilegiado, pues las cifras de agregados enseñan una imagen realmente agradable de la ex colonia, incluso envidiable. En 2013 su producto interior bruto per cápita en paridad de poder adquisitivo era de 52.700 dólares (CIA World Factbook 2015), cosa que le situaría como decimoquinta economía mundial, siguiendo este indicador. Esta cifra, para los EEUU, por ejemplo, es de 52.800 dólares, mientras que para China es de 9.800 dólares (CIA World Factbook 2015).

No obstante, esta interpretación, descrita por Abbas como una “alucinación inversa”, en el sentido de que “los observadores no están viendo lo que tienen frente a sus ojos” (1997: 6), debe ser matizada, pues pasa por alto factores relativos a las luchas por la dominación geopolítica, incluso las guerras utilizadas como medida de presión, además de otros factores como los beneficios —aunque también las problemáticas— derivados de la localización y las estrategias político-económicas que de manera fueron llevadas a cabo mediante el uso de la ciudad como avanzadilla con la intención de favorecer los intereses económicos y comerciales británicos (Law 2009: 2-3), así como también se olvida de las crecientes desigualdades internas. Si bien es innegable que, en términos económicos, Hong Kong evoluciona con el tiempo, adaptándose a las nuevas circunstancias con resiliencia y aprovechando sus ventajas comparativas: de pueblo de pescadores, “colonia comercial en el s.XIX, a su presente posición como principal centro financiero del sudeste asiático” (Abbas 1997: 3). La realidad socioeconómica de Hong Kong es ciertamente más compleja.

Y es que no es oro todo lo que reluce. La economía de la ex colonia, formada en un 93% en el sector servicios (CIA World Factbook 2015), depende sobremanera

de su posición global como *hub* de finanzas y comercio. Es el octavo mayor importador del mundo, y el decimocuarto exportador (CIA World Factbook 2015). China, que siempre fue muy relevante en su economía, ha devenido ahora demasiado prominente, como demuestra tanto el hecho de que el 57.7% de sus exportaciones tengan a la República Popular China como destinatario, como el 44,5% de sus importaciones (CIA World Factbook 2015). Y es que la presencia administrativa, política y económica de China en Hong Kong es una realidad cada día más palpable, parte de una organizada y sistemática política hacia un mayor control de la economía de la ciudad por parte del gobierno central.

El ejemplo más evidente de esta presencia y de los efectos ambiguos que ésta tiene sobre la ciudad es la inversión en vivienda que, en el último trimestre de 2011 provienen en un 60% de China continental. Si bien por un lado éste flujo reporta pingües beneficios a multitud de corporaciones locales, dispara hasta tal punto los precios que, a finales de 2013 el gobierno de la Región Administrativa Especial llega a implementar medidas proteccionistas. El precio de la vivienda en la ciudad es 12,6 veces el ingreso medio (IMF 2013), uno de los ratios más elevados del mundo, y haciendo que muchos jóvenes no puedan tener acceso a la vivienda.

Otra narrativa en auge —más benevolente con la posición de la República Popular China— muestra sin embargo que, si bien cabe hacer referencia al papel de Hong Kong como motor de crecimiento económico de China, tampoco debe ser olvidado el papel que tiene China en el crecimiento económico de Hong Kong desde su fundación como colonia, refrendada en el famoso viaje al sur de Deng Xiaoping en 1992, cuando, buscando impulsar sus reformas económicas incrementa la integración económica de Hong Kong con las regiones adyacentes.

Desde entonces, Hong Kong habría de convertirse de manera más explícita en una locomotora económica para el sur de China: la llamada macro-región económica del delta del río de la Perla, en un modelo que formaba parte de la estrategia de Deng en que “unos deben enriquecerse primero” para que los beneficios de esta riqueza fueran, poco a poco, expandiéndose a todas las capas de la sociedad.

Una vez se toma el ejemplo de Hong Kong como modelo y se reproduce como estrategia económica en otros núcleos urbanos —por ejemplo, en Shanghai— se observa que el modelo neoliberal, presentado como natural y apolítico es, en realidad, todo lo contrario: que puede ser y, a fin de cuentas, es utilizado de forma *esencialmente* política. Hong Kong, en esta situación, teme acabar por perder su ventaja comparativa, puesto que se ve amenazado por el incremento de la competencia.

Quizá el mejor ejemplo de este proceso sea Shenzhen, la megaurbe que ha florecido junto a la frontera que separa la China continental de Hong Kong. Antes de las reformas de Deng Xiaoping, comenzadas en 1978, Shenzhen era poco más que un pueblo de pescadores y a día de hoy, no sólo es una de las urbes más pobladas de China, cuya población, anda entre los diez y los quince millones de habitantes, una transformación radical que se debe al estatus de zona económica especial desde 1980, que la llevó a convertirse en dinámico *hub* industrial. Así como en aquel momento, se favoreció políticamente a Shenzhen por su proximidad a Hong Kong, ya en 2013, en un giro político que demuestra que los miedos de Hong Kong pueden ser fundamentados, el primer paso en pos de una mayor liberalización económica se dio en Shanghai, donde se creó la primera zona de libre comercio de China.

Otro ejemplo palpable de la situación económica de Hong Kong en términos económicos es la posición de su puerto en índices globales. Si bien en 2000 poseía el mayor puerto del mundo en volumen de mercancías, ya en 2013, no sólo ha sido superado por el de Singapur, sino por Shanghai y Shenzhen (United States Department of Transportation, World Shipping Council).

Y es que el PCCh también está escribiendo su propia narrativa, en la que se presenta al mundo como el principal exponente del resurgir de Asia, y como adalid del nuevo modelo político-económico: la vía propugnada por Lee Kwan-Yeu en Singapur, la del capitalismo de estado como alternativa no sólo viable sino relativamente más eficiente debido a las posibilidades que éste puede llegar a tener frente a la democracia liberal, pues un sólo gobierno puede marcar una hoja de ruta coherente, de la que no ha de desviarse para convencer al electorado, ni con bandazos o perturbaciones en cada ocasión que cambia el

gobierno. Una idea que encaja a la perfección con el objetivo de I Partido Comunista de rejuvenecer China, de convertirla en rica y poderosa, en un Estado-Nación estable en el plano doméstico e independiente de injerencias extranjeras. Hong Kong es, en este caso, una anomalía, un espécimen a vigilar, pero que ha demostrado ser útil tanto como laboratorio de pruebas, como en el papel de mediador, mientras que Shanghai, por ejemplo, es el hogar del Partido, su fortín.

Sin embargo, una vez más, éstas narrativas están originadas en el exterior, y tienden a minimizar la agencia de Hong Kong que, a su vez, se muestra capaz de encontrar su propia vía. Quizá el ejemplo paradigmático de la capacidad que tiene la ciudad para reconvertirse y explotar al máximo sus ventajas comparativas sea el cambio en la dirección de los flujos de capital: la llamada segunda oleada de inversión extranjera directa china —que la ha convertido en muy poco tiempo en la tercera mayor inversionista en el exterior— está siendo canalizada, en un 60% a través de Hong Kong (Hong Kong Trade Development Council: 2015), cosa que da muestra de la capacidad de adaptación de una economía —y una mano de obra— altamente competente y competitiva. Aunque quizá esto no sea suficiente para convertir Hong Kong en un lugar privilegiado para todos. De hecho, ni siquiera es seguro que vaya a seguir siendo uno de los principales núcleos de riqueza en la China del futuro., puesto que, si se mantienen las tendencias económicas actuales, la ciudad perdería su prominencia como centro financiero, cosa que da lugar a especulaciones sobre su futuro papel como “ciudad de segunda fila” —o *second-tier city*— de China (Foreign Policy 2014).

4. Antropológico-identitarias

Esquivando la creciente tendencia de corregir la denominación de otras ciudades emblemáticas cuyo nombre se había visto desfigurado por efecto de la colonización, como Pequín en China mismo o Bombay en India, por sustantivos vernáculos, respetuosos con la realidad local, que está llevando a la aparición de la utilización sistemática de transliteraciones más precisas —en este caso Beijing o Mumbay—, el territorio que ocupan el archipiélago formado

principalmente por las islas de Hong Kong y Lantau, la península de Kowloon y los Nuevos Territorios, es conocido como Hong Kong. No se utiliza más allá de las fronteras de la República Popular de China el nombre original que, transliterado, se escribiría como *Heunggong*, más allá de las zonas bajo influencia del cantonés, el nombre original, ni la voz *Xianggang*, versión propia del mandarín, ni se observa un movimiento político para devolverle al topónimo su nombre original.

Y es que la transformación sufrida por Hong Kong durante el período colonial ha sido tal que abogar por su sustitución de su topónimo podría llegar a parecer, en sí mismo, un acto subversivo, o incluso una agresión colonial por parte de China para con la ciudad y sus ciudadanos. Parece, por lo tanto, fácil encontrar argumentos para favorecer Beijing sobre Pequín, pero resulta más complejo desleír Hong Kong de su pasado británico. Hong Kong, por lo tanto, no es *Xianggang* o, para ser precisos, no es *solamente Xianggang*. Esta afirmación no pretende negar su sinicidad a la urbe, sino recalcar que la identidad de Hong Kong y sus habitantes está conformada por multitud de elementos que van más allá del maniqueísmo, de la binariedad a que obliga la soberanía sobre el propio territorio y que sus aspiraciones se están viendo encorsetadas por un período de transición limitador y hacia un futuro incierto.

Lo que es indudable es que el efecto que ha tenido la colonización en la identidad nacional de Hong Kong es irreversible y que la devolución administrativa no ha hecho más que añadir elementos de complejidad a una relación ya de por sí intrincada, pues a la ya compleja relación entre la ex colonia y el exterior viene a sumarse la nueva situación entre los habitantes de Hong Kong y los de China.

Chinos de Hong Kong y Chinos de China continental “son ahora cultural y políticamente distintos, dos gentes separadas por una etnia común [...] cosa que ha producido muchos casos de falta de entendimiento mutuo y desconfianza, con ambas partes demonizando la otra” (Abbas 1997: 2). Evoluciona, desde 1984, una situación en que las ideas sobre la ciudad, los discursos sobre la identidad de unos y otros, por los que favorecen la convergencia y los que abogan por la divergencia; inelásticas, como son, por

definición, las identidades, a día de hoy, habría que moldear en exceso el significado de hongkonés para que encajara en el de chino, y quizá incluso reconstruir la definición de chino para integrar al hongkonés. Por lo tanto, se tiende al enroque.

Así, siguiendo una estrategia a largo plazo similar a la que utiliza en tantos otros aspectos de sus asuntos fronterizos, el Partido Comunista Chino aboga por la contención de las protestas de Hong Kong, presentándolo a la comunidad internacional como un asunto de política interna, demandando moderación en las declaraciones y medidas de ayuda a sus aliados (políticos o económicos) internacionales.

Pero Hong Kong es visto por muchos, tanto en la ciudad como fuera, como una ciudad global, en la que sus ciudadanos han crecido en un contexto fundamentado en una doble orientación, conectados a China y al mundo exterior, que ha incorporado en su identidad un profundo arraigo en el desarraigo, en aquello que ha dado significado a sus vidas, y les ha hecho sentir especiales, diferentes, o incluso únicos. Para ellos, el nuevo contexto está lleno de ansiedad. Los fundamentos sobre los que entendían que se asentaba su ciudad están desapareciendo bajo sus pies a la vez que el rol de China —tanto en el plano doméstico como en el plano internacional— está cambiando de forma acelerada. Por eso, aunque no sólo sea China la culpable de los cambios fundamentales que está experimentando la ciudad, en los que deberían incluirse las dinámicas cambiantes de los mercados globales y las variaciones en las alianzas geopolíticas, la percepción de que Hong Kong está siendo literalmente engullida por la China continental es cada vez más extendida, en una transición la aboca, irremisiblemente, a su desaparición (Abbas 1997).

En todo este entramado, en la identidad de muchos hongkoneses se ha ido asentando una idea de *excepcionalismo* derivada de la idea de que se le ha percibido durante el último siglo y medio como el reducto civilizado de China, capaz de convertirse en un ejemplo del *buen salvaje* hasta el punto de llegar a trascender su *otredad*. De hecho, algunos hongkoneses, adoptando un discurso basado en un paradójico darwinismo social, reproducen esquemas coloniales y discursos orientalistas, en los que construyen una identidad por oposición a la de

la China continental; incluso se genera un sentimiento de nostalgia para con el pasado colonial que lleva a determinados círculos a afirmar la identidad nacional de Hong Kong como parte de un ya inexistente Imperio Británico.

Y es que ha arraigado tanto en el exterior como en muchas capas de la sociedad de Hong Kong el hecho de que la ex colonia observa los —presupuestos y *por supuestos*— valores universales/occidentales. Hong Kong se presenta y es presentado como un ejemplo de ciudad moderna —incluso postmoderna—, de libertad de expresión, capitalismo, libertad y sociedad de derecho. En un discurso que muchos asumen de manera monolítica, y que se contrasta con la amenazante presencia de una imagen también monolítica —y por lo tanto, también falsa— de China como la imagen en negativo de Hong Kong: un Estado presuntamente totalitario que, además, tiene de sí mismo una visión basada en un *excepcionalismo* que choca frontalmente con el excepcionalismo hongkonés.

En 2014, las voces que propugnaban por una renegociación del rol que debe jugar Hong Kong en el futuro de la República Popular China, de manera calculada, organizada y, sobre todo, pacífica, toman las calles, aunando una panoplia de visiones políticas, que van desde posiciones muy naif y vacías de contenido hasta voces abiertamente elitistas o racistas. Durante las protestas, van tomando forma facciones diferenciadas, con objetivos diversos que van desde las elites político-económicas que (con excepciones) observan el papel de China como una bendición y demonizan las manifestaciones, comerciantes cuyos negocios de barrio (especialmente en Mong Kok) se ven negativamente afectados por la prolongación en el tiempo de las protestas y organizaciones criminales como las tríadas, hasta estudiantes, trabajadores de clase media, expatriados o los mencionados pro-británicos.

Y es que, las protestas de 2014 son, ante todo, una toma de conciencia popular de que la identidad nacional de Hong Kong no puede resumirse en una palabra, sino que existen evidentes tensiones en oposición entre sí y en oposición a China, pero también complementarias. A ambos lados de la frontera, hay quienes sienten las protestas como una oportunidad de unión de aquellos chinos que se oponen al Partido Comunista, pero lo mismo ocurre con aquellos que le dan apoyo. Quizá, en números, los primeros sean mayoría en Hong Kong, pero

el poder de los estamentos económicos de los segundos parece ser ciertamente mayor.

Desde el punto de vista alegórico, en la cultura de Hong Kong, los cineastas o literatos locales como, por ejemplo, Fruit Chan han explotado la deriva psicológica compartida por los ciudadanos de Hong Kong adoptando una simbología freudiana, en la que ven la doble transición de la soberanía de Hong Kong, primero de manos de un Imperio Qing incapaz de protegerla del enemigo exterior y, después, de un Imperio Británico que se deshace de ella, como un trauma que causa una sensación de desarraigo difícilmente subsanable en términos de soberanía y que complicaciones socioeconómicas pueden, con toda probabilidad, acabar agudizando.

5. Conclusiones

Analizando la cuestión desde múltiples puntos de vista, este artículo explica las causas que han llevado a miles de personas a tomar las calles de Hong Kong durante buena parte de 2014, iniciando un proceso que, desde diciembre de 2014 ha pasado a un segundo plano, pero que ha cambiado la imagen que el mundo tenía de Hong Kong, así como la propia conciencia común de los hongkoneses, en un episodio que ha marcado la memoria colectiva de la ciudad y que ha dejado huella en buena parte de su sociedad.

Huyendo de esquemas reduccionistas, se explica la evolución histórica de la ciudad en su contexto político-económico, señalando la época colonial como el origen de una narrativa estatocéntrica que acaba creando no sólo el contexto y las condiciones necesarias que llevarían a las protestas de 2014, sino que, además, es activamente responsable en tanto que dicta una legislación vaga, confusa y que deja lugar a un amplísimo margen de interpretación, y en la que la voz de Hong Kong como sujeto agente es simplemente obviado.

Se analizan, a continuación, las protestas desde un punto de vista socioeconómico con una amplia perspectiva histórica, observando una evolución adaptativa y cambiante de la economía de Hong Kong, en la que su posición relativa en el contexto económico internacional alcanza un lugar desproporcionado que, poco a poco, pasa a ser amenazado por las reformas y el

crecimiento económico de la República Popular de China, creando una sensación de tensión difícilmente soportable por todas las capas de la sociedad hongkonesa, especialmente por unas nuevas generaciones que se sienten especialmente vulnerables a los cambios económicos globales.

Finalmente, se centra la atención en la cuestión identitaria de los ciudadanos de Hong Kong, disputando la visión simplista que presenta a los protestantes como agentes del bien que buscan conservar la libertad que va a serles arrebatada por una china totalitaria.

Y es que, inmersa en un contexto en el que su razón de ser parece haberse transformado tanto desde el punto de vista histórico-administrativo como desde una perspectiva económica, la ciudad de Hong Kong y sus habitantes tratan de adaptar sus expectativas a una nueva realidad, llena de matices, oportunidades y amenazas, y de construir en la ciudad el futuro que desean. De forma más o menos abierta, están en camino de destilar una nueva identidad que, sin embargo, a día de hoy está conformada por múltiples cosmovisiones, y que deberá enfrentar las condiciones impuestas por las implicaciones que tienen sus acciones tanto en el plano nacional como en el internacional.

En este proceso, al haber sido todos los ciudadanos impelidos a manifestar su opinión, están saliendo a la superficie fracturas y tensiones sociales que hasta ahora podían ser percibidas, pero que permanecían implícitas, en un segundo plano, en el día a día de la ciudad.

Además, es clave observar que, en el contexto actual de *transición de poderes*, el papel de todos los hongkoneses es inevitablemente interpretado como el de quintacolumnistas que apoyan con sus actos los ideales de los dos modelos político-económicos que compiten por el de la actualidad geopolítica contemporánea de la que —por mucho que traten de emanciparse— aquellos que protestan, acaban formando parte.

Y es que la cuestión de fondo en todo este asunto es que en las calles de Hong Kong se están debatiendo no sólo los modelos administrativo y económico de la ciudad, sino la identidad de Hong Kong y, por consiguiente, tanto de China como de todos aquellos individuos con conexiones de cualquier tipo con la ciudad. Se negocia, en Hong Kong, sobre los fundamentos del universalismo y el

nacionalismo, en un debate intoxicado por los intereses geopolíticos y geoeconómicos y, a la vez, aprovechando la posición relativamente privilegiada que le confiere, a la ciudad, su papel de ciudad global, de su poderío económico y de su altísimo grado de conectividad —tanto en los mercados globales como en sus relaciones personales o las nuevas tecnologías—.

A día de hoy, los manifestantes han abandonado las calles, pero las tensiones subyacentes no se han solucionado. A corto, medio plazo, esto puede incrementar frustraciones, en el caso de que no exista un diálogo más fluido entre las partes antes de las elecciones de 2017. La negociación entre las partes, devendrá crítica con el tiempo y, con hay muchas posibilidades de que observemos escaladas de tensión antes y después de 2017, pues la República Popular de China no cederá en su empeño de mantener su integridad territorial y, para ello no puede permitirse el hecho de que algunos, en su territorio, conserven privilegios administrativos en el largo plazo, cosa que entra en conflicto directo con lo reclamado por los manifestantes.

Además, mientras el gobierno central siga interpretando que la cuestión de Hong Kong tiene repercusiones internacionales que pueden llevar a injerencias extranjeras, especialmente en planos que puedan desestabilizar la seguridad nacional y la legitimidad del Partido, seguiremos siendo espectadores de nuevos episodios en este choque de *excepcionalismos*.

6. Bibliografía

- Abbas, Ackbar (1997). *Hong Kong: Culture and the Politics of Disappearance*. Hong Kong. Hong Kong University Press.
- Foreign Policy (2014). Report: Hong Kong Becoming 'Mere Second-Tier' Chinese City. (<http://foreignpolicy.com/2014/09/02/report-hong-kong-becoming-mere-second-tier-chinese-city/>). Accedido en enero de 2015.
- Fukuyama, Francis (1992). *The End of History and the Last Man*. Free Press.
- Zhao, Ziyang y Thatcher, Margaret (1984). *Joint Declaration of the Government of the Great Britain and Northern Ireland and the Government of the People's Republic of China on the Question of Hong Kong*. (http://www.legislation.gov.hk/blis_ind.nsf/CurEngOrd/034B10AF5D3058DB482575EE000EDB9F?OpenDocument). Accedido en enero de 2015.
- Hong Kong Trade and Development Centre (2015). *Chinese Outbound Investment*. (<http://www.hktdc.com/mis/coi/en/s/overview.html>). Accedido en febrero de 2015.
- International Monetary Fund (2013). *People's Republic of China-Hong Kong Special Administrative Region*. (<http://www.imf.org/external/pubs/ft/scr/2013/cr1311.pdf>). Accedido en febrero de 2015.
- Law, Wing Sang (2009). *The making of Hong Kong Chinese*. Hong Kong. Hong Kong University Press.
- Shih, Shi-mei (2007). *Visual Identity: Sinophone Articulations Across the Pacific*. Los Angeles. University of California Press.
- United States Department of Transportation (2015). *Top 20 World Container Ports*. (http://www.rita.dot.gov/bts/sites/rita.dot.gov/bts/files/publications/americas_container_ports/2011/html/table_06.html). Accedido en enero de 2015.
- Wang, Hui (2014). *China from Empire to Nation-State*. Cambridge, Massachusetts. Harvard University Press.
- World Bank Group (2014). *Doing Business Index*. (<http://www.doingbusiness.org/rankings>). Accedido en enero de 2015.
- World Shipping Council (2015). *The Top 50 Container Ports*. (<http://www.worldshipping.org/about-the-industry/global-trade/top-50-world-container-ports>). Accedido en febrero 2015.